

EL CABALLERO

DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 5.

Domingo 29 de Marzo de 1868.

UN REAL.

SECCION I.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO III.

De la incomensurable aventura de la Ciudad encantada, que prueba, á mas no poder, el indomable brío del célebre Caballero de la Mancha.

Y él primero en hablar, como era de suponer, fué Sancho Panza, diciendo así.

— ¡Santa María! ¡Pecador soy yó á Dios, y qué resoplido! ¡Ni qué otra cosa, sinó ésta, podia esperarse de aquel gran brujo de las barbas! ¡Nieto de Caín el malo, y qué fuelle de herrero! ¡Y qué entonos y arrequives tan desalmados!

— Y, enderezándose y caminando trabajosamente, fué á requerir el jumento, al cuál, como si lo entendiese, comenzó á argüir de esta manera.

— Alzáos, hijo, que bien podéis dáros por contento del modo como os volvieron á nueva vida; que ayuda no ós faltó, ántes de sóbra la hubisteis segun habeis venido la cuesta abajo. ¡Cuérpo de mi madre! ¡Y qué bien que dijeron, «moríos y veréis lo que os pása! Y ahora digo, que muerto y vivo siémpre lo mismo; y lo que está de Dios no lo arregláis vos; y achaques al ódre que sabe á la pez, y achaques al viérnes por no le ayunar es tiempo gastar.

— Don Quijote, entretantó, tendido en tierra tan largo como era, extendidos los brazos y mirando al cielo, cantaba en diverso tono el mismo asunto y decia con lo mas hondo de su álma:

¿Dónde estáis, señora mia,

Que no acorréis á mi mal?

O, no le sabéis, señora,

O sois fálsea y desleál.

¡Oh noble Marques de Mántua,

Mi tío y señor carnal!

Porque en su estupor el molido caballero habia perdido toda buena cuenta de parentescos. Sólo Rocinante estaba en pié; pues, habiendo sido levantado muy en álto por la fuérza del violento sóplo de la cueva, á cáusa de su grande ligereza, debió caer como cayó; es decir, por natural ley de gravedad, segun la cuál cónsta que las herraduras sobrepujaban el peso de todo el cuerpo, y así debió quedar derecho. Y una vez llegado Sancho con su inseparable compañero á su ámo y señor, ayudó para que Don Quijote subiera sobre Rocinante, aunque mal trecho y bien molido; y una vez á caballo caballero y escudero, comenzaron á caminar por la ladera hablando así.

— En mal hora, Sancho, os vino el antojo de entrometeros en la conversacion del Señor Atapuerca, sabiendo lo que os pasó al hablar de vuestra Teresa; y lo peór de todo, que por vuestra culpa la narracion del anciano quedóse imperfecta, pendiente y lamentablemente malparada, sin que véa yó médio, ni manera de añudar el mal roto hilo de aquel discurso.

— No daba yó, Señor mio, dijo Sancho, en que su merced se ahogase ahora en esa água, habiendo tanta ótra de por medio; pues que siento mas que nunca el molimiento que ocasionó la salida voladora de Carapuerca, y debe de ser, á mi ver, por el descanso de tantos años.

— Esta salida, Sancho, bien mirada, no ha tenido otra culpa sinó la vuestra; pues la curiosidad impertinente siémpre vino á salir de esta manera. Así como es cierto que no tuve ni dispuse de tiempo alguno para ayudaros,



pues bien visteis lo precipitado de este asunto. Por todo lo que, no tengo por difamante este descalabro, ántes sí por excelente y ponderable. Porque,

Si tantos halcones la garza combaten

A fé que la máten, y no es vil morir.

— Bien están esos versos, dijo Sancho, y quisiera estar como ellos, que me hace falta. Y yo procuraré siempre haber unos cuantos de ellos á la mano, que dan mucha autoridad, si no razones.

— Y, en verdad te digo, perinclito escudero, que esta pasada aventura no sé como califique, por ser, en mi concepto, la mas levantada y profunda cosa, que se vió en la inmortal caballería.

— Y de la que salimos airosos, dijo Sancho.

— Y no es que háya aquí nada de inverosímil á los ojos de las gentes; pues tú te sabrás los sucesos de las Mil y una Noches de los sectarios del falso profeta, y lo que cualquiera novelista puede, cuando quiera, escribir, si tiene gana: pero, así y todo, encuentro en mi conciencia, que la aventura de Atapuerca, muy superior á aquella otra de Montesinos, puede, y debe ser cantada por mi coronista como una de las primeras entre las mayores.

— Grande y estupenda cosa ha sido, dijo Sancho, y lo conozco en el magullamiento de mi cuerpo y lo amilanado de mi ánima; que bien puedo decir de los huesos de mi esqueleto que ninguno bien me quiere, y todos me están sirviendo por fuerza en esta añadidura y recargo de vida que están sufriendo.

— No seas ingrato, hijo, repuso Don Quijote, á los favores grandes de los cielos, que ahora por tu médio tratan de que conozca y sepa el mundo lo que es una segunda vida de los hombres, para responder fundadamente á aquellos que se quieren volver niños para variar de norte y de conducta. Y, mira, que esta es honda cuestión, que ha agotado los talentos y las imaginaciones de los sábios.

— Pues, no háy que agotarse en eso, dijo Sancho; que él que no quiera lástimas no váya á la guerra; y en cuanto escarbó el gallo descubrió el cuchillo; y al loco y al áire calle; y aún no comenzamos y yá la empringamos; y á quién dan á escojer dan en que entender; y dáca el gallo y tóma el gallo se quedan las plumas en la mano.....

— Dá por enristrada, Sancho, otra docena y media de ellos y pásala adelante.

— Pues, decía de mi cuento, Señor mío de mi ánima, y yá se me ha olvidado lo que iba á decir; pues que es lo peor al que vá con sus quehaceres salirle al camino, y déjala que madure con el tiempo; y el tiempo es rey de reyes y señor de toda cosa; y con estos refrancicos

yá estoy en mi camino: digo, pues, que ahora resucitado me tiénto, tóco, pálpó y me repalpo, y tan Sancho me encuentro como siempre lo fui, y tan topón me reconozco como siempre lo he sido. Y el lobo y la corneja ámbos son de una conseja, y callar es bueno; y no háy ólla tan fea que no tenga cobertera. Y de aquí sáco, que carne carne cria y peces água fria, y que esos sábios de que hábla su merced, son niños de teta; y esta segunda vida, si ha de llevar ventaja á la primera, ha de ser en marrullerías y trabajos, por cáusa del mayor conocimiento de lo malo y ser vida sin niñez toda recelosa.

— Dios te ayude, Sancho, por lo que sudar me hiciste, dijo Don Quijote. ¡Y qué borrasca de palabras que descargaste! Mas, con todo ello conócesete tu estancia en Atapuerca, y, sobre todo, el tiempo que estuviste en mi compañía.

— Eso último por fuerza y de contado, dijo Sancho; y basta que su merced así lo júzgue. Díme tú quién eres y te diré con quien ándas, que es refran boca abajo pero verdadero: hermoso atar del rocín, y atábele por la cola.

— ¡Ah del traidor, villano! dijo Don Quijote.

— No lo lléve á mal su merced, ni yo lo digo por tanto, contestó Sancho; que lo del rocín vá con el refrán, y no con otro alguno; y la verdad en su puesto, y las úvas al cesto.

— Dejáras de ser Sancho, dijo Don Quijote, si nó fuéras taimado y refranero: y respondiérate ahora mismo cual conviene, si me viniese en gana; mas, hágote saber que no lá tengo, y así daré lugar á mis altos pensamientos.

— Así hago yo muchas veces, dijo Sancho, pues sé lo que aprovecha un buen silencio; y el callar ha acreditado á muchas gentes.

— Y como siguiese callando Don Quijote, añadió Sancho sesudamente.

— Y, ¿sábase su merced que jamás me he muerto?

— ¿Cómo es tal? dijo súbitamente Don Quijote.

— Como tal és, repuso Sancho; que no ha de constar en el Señor Topete Berengenas semejante desatino.

— Hamete-ben-Engeli, y no como tú dices, contestó Don Quijote, fué caballero muy puntual en todas sus cosas.

— Eso sí, dijo Sancho; y aún por eso hizo renegar á su merced de la orden de la caballería, y hacer un testamento en toda regla.

— ¡Báh con eso! dijo rápidamente Don Quijote: téngase el testamento por apócrifo, y sólo por testamento del coronista, que habia de morir forzosamente, obligado á acabar de tal manera: que matar al invicto de la Mancha tan solo pudo ser por gran despique. Y por eso, pardiez, permite al hado ese vómito horrible de

Atapuerca, que esta tierra fraguó para mis fechos, lá que menos, tal vez, se imaginára.

— Y yó digo otro tanto, añadió Sancho; que tengo oído á su merced, que lo irrisorio sigue siémpre á lo principal; y si se murió su merced, como lo dicen, lo mismo debió ser del escudero. Y no cónsta muriese Sancho Panza.

— Iba á enmendar Don Quijote lo *irrisorio* de Sancho, cuando comenzó á percibirse un rumor sórdo, cual de oculto volcán, y mucho ruido de cadenas que chocan, ó que arrástran; ló cuál acabó con el buen humor del escudero y levantó el valor de Don Quijote, que comenzó á decir altisonante:

— Ahora es de ver, oh Sancho amigo, si murió Don Quijote de la Mancha; que la tenemos aquí, sin mas buscarla.

— Y, ¿quién es élla? dijo con voz dolorosa Sancho Panza.

— Pues ésta, dijo Don Quijote, no ha de ser menos sinó la colosal y hórrida aventura, que ponga corona y sello á las mas celebradas de lás mías, y adviérte que lás hay como unas flores.

— Suponia yó yá, dijo Sancho, que su merced hiciéra de las suyas, que conocido lé tengo en demasia. A mi padre le llaman hogaza y me muéro de hámbré, y á quién bueyes ha perdido cencerros se le antojan.

— El mago encantador, enemigo mio á par de muerte, Sancho, mal parado con mi nueva salida, y vida nueva, se me pone delante, á lo que alcanzo; y ha de buscar todo médio, modo y manera de oponerse á mis áltos pensamientos. Prepárate á morir, oh Sancho el brávo, ántes que á dar la espalda á aqueste tráncé.

— Pues, no ha de llamarme motes su señoría, replicó Sancho, porque todo ha de sér segun y como: que he oído decir que el valor es médio entre el temor y la ósadia. Así qué, presuponiendo que ésta última corresponda á su merced, por la profesion que tiene, y aquél ál que pavoroso húye, y deja la contienda, á mí tóca no ir ni á uno ni á ótro lado, y quedarme en donde estoy, que es el justo médio. Y he de clavarme encima de este montezuelo, que no me muevan ni con tórnos; que yó no disputo hazañas ni busco glórias, mercancía de muy subido préció.

— Y entónces se vió venir por un camino adelante nada menos que un pueblo de hermosas casas, tódas en muy buen órden colocadas, y separadas á modo de bellas calles. El ruido de los hierros crecía de modo, que causaba pavor el escucharle.

— ¡Sancho! dijo Don Quijote: ¿no te parece ahora que viene á nosotros todo un pueblo con espantable priésa desusada? ¿No te admira su marcha magestuósa? ¿No te sorprende el con-

cierto de sus edificios de tan rara excelsitúd y vistosa elegáncia?

— ¿Qué si véo y advierto? dijo Sancho. Y mucho más que quisiera diviso y miro, por no estar avezado á cosas tales. ¡Bonico asunto! ¡otros gatos habrán de echarme á la cara, que no ese desalmado! ¡Y qué nó es menos que una docena de ciudades con sus torres, murallas, adarves, minaretés, fosos y estacadas! ¡Tú que tál con el cernicalo lagartijero!

— ¡Alma de gran cacharro! dijo Don Quijote; ¡y pueblecicos á mí para sobrecogérme! Si- quiera viniese aquí toda una legion de córtés y villas, que se me diéra á mí de semejante despilfarro!

Mas, yá cáigo en la cuenta, amigo Sancho. Esto que tanto sorprende, encanta y admira, no es más sinó la postrera edad del mundo, en que han de unirse en úno todos los pueblos; y, conociendo éellos de por sí su mision y llamamiento, se han declarado todos en viage. Y no me estrañára á mí que por esta cáusa pasáramos revista á todo el órbe sin tener que mover de este rivazo.

— Procesion larga, señor mio, ha de ser ésa, dijo Sancho; y el asunto requiere buen espacio. Y así, deberá venir en la comitiva la Señora Dulcinéa del Toboso.

— ¡Cómo que si viene, vóto á Briaréo, que es de los más membrudos entre los gigantes! Pues yá entre cuanto se acerca, alcanzo y contemplo, diviso yá su rostro relumbrante, que hace sombra á los pueblos y naciones. Y advierto yá como Helena bája los ojos, y se enciende de celos Cleopátra, y Fúlvia lanza lucientes ráyos de cólera, sin que adelanten nada en su propósito; pues es de Dulcinéa el álmo trono que levantó la suerte á la hermosura. Y ahora estame atento.

En esa comitiva andando vienen las primeras del Asia nobles chozas, que en felice descanso pasan la vida el pié de sus altares de naturales rócás como de ardiente fé todos formados. Y las del Ganges misteriósas gentes, y de la otra region circunvecina los separados hijos, célebres por sus ártés delicadas: y de la Arábia extensa las caminantes, perfumadas siémpre perpétuas caravanas, que cámbian al Egipto por la sabiduria las riquezas. Lós que, rompiendo las heladas rócás del mar polar persiguen del rengífero entorpeçido el paso: lós del África esteril, aún ignota, bronceádos etiopes; lós blancos descendientes de la falda del Cáucaso sagrado. Y el escita vagante, el mago persa, el sábio griégo, el de la altiva Roma sobérbió militar del órbe todo. Y el corsário del norte, rey del mar en lo antigüo y lo moderno, que eleva el cétro de su triste orgullo sobre las vérdes, iracundas óndas del piélagó implacable,

que amenaza en sus iras ese del mismo sol rostro encendido.

Ahora, Sancho, ántes que venza y máte esa atróz, jamás vista comitiva, es bien límpies tus ojos, que medites y digas friamente si hay rebaños de ovejas ó carneros, ó de alguna otra suerte de animales en esa procesion que ya se acerca, y no tengamos hora la de márras.

— Digo, y júro, contestó Sancho, que aquí no hay animal alguno sinó soy yó, que en tales aventuras me entrometo. Que es cierto que ese pueblo vá á paséo; lo cual ni es, ni puede ser otra cosa sinó que le llevan legiones de sata-nánes; y no he de ser batallador de tal canalla.

— Pues, á la paz de Dios, amigo, dijo Don Quijote. Y, afirmándose bien en los estribos, y encomendándose á la Señora Dulcinéa, y enristrando la lanza con saña fiera, se dirigió á todo galope contra el pueblo, marchando francamente bravo y frontero.

— Ló cuál, benigno lector, no era otra cosa, si no lo há por enojo, sinó la pacífica vuelta de un trén razonable, cargado con las casas, ó casetas, béstias y menesteres, que sirvieron á las óbras de una vía, que cercana á aquel sitio se encontraba. Y bajando aquel trén por la pendiente no habia menester máquina alguna.

Pero, á lo mejor de la carrera del caballero quedóse como clavado Rocinante, con el más cruel dolor de Don Quijote; pues que habia allí un gran tálud y desmonte, y una zanja profunda, llena de agua, y no estaba Babieca para lindezas.

Deshizose el buen andante en gritos, de-nuestos y toda suérte de áyes lastimosos; mas túvo por buen partido sosegarse y no hostigar á la suerte negra é ingrata. Atribuyólo el atribulado caballero al poder de los magos encantadores, y túvo al fin paciéncia barajando, siguiendo el parecer de Montesinos.

Y, de tal manera estuvo viéndo Don Quijote desde el magnánimo balcon de su rivazo como pasaban casas y casas y herramientas y especies muy diversas de animales, todos en sus wagones bien dispuestos para abreviar la vuelta de su trabajo.

Apenas hubo llegado absorto Sancho al sitio en donde su ámo absorto estaba, oyó palabras tales del caballero.

— ¿Qué és lo que de ésto juzgas? hijo mío: ¿Tomaste bien el pulso á este suceso? ¿Calculas la magnitud de lo que viste? ¿Viste cosa como ésta entre todas las cosas? Pues, ó mucho me engaño [pésia mi estrella! ó es muchísima el álma de este asunto.

— ¿Qué si tiene ésto alma? dijo Sancho: pues digo si la tiene saberse andar ya los pueblos éellos solos, y el caminar en coche hasta las béstias!

— Menos mal éso último, dijo el caballero; pero juraste nó lás habia en esta aventura y lás háy harto mayores que carneros.

— Pues ahora rejuro, dijo Sancho, no volver á jurar jamás semejante cosa, pues que hay tanto animal donde menos se piénsa, y en tan elevado sitio y gerarquía. Y que no me queda en el cuérpo duda ninguna; pues segun yó hácia su merced venia caminando, ví clara y distintamente que eran machos, y bueyes y borricos los que por las ventanas sacaban muy formales cabezas; bien que siémpre han de sacrlas por alguna parte, cualquiera que sea el sitio donde estuviéren. Y que ésto no vá por vía de encantamento, mas por la súya própia vá marchando.

— Pues, diérale yó este caso á Amadís de Gáula y á todos los Belianises y Reinaldos, y viéramos que se hicieran en tal tránce, repuso con grave ceño Don Quijote.

— Que no es grano de anís bien se comprende, contestó Sancho, sinó muy más que todos los anises de este mundo; ni es asunto tampoco de aguinaldos.

— Y, ¿de qué te ries ahora? gran taimado.

— Ríome, dijo Sancho, de esos señores caminantes, que van, segun su merced dijo, á esa congregacion ó cofradía, de la que Dios me libre ser prióste; y que buená será no tiene duda. ¡Y la priésa que llevan en su camino!

— Y rieste harto mal, dijo Don Quijote, que de hombres es juzgar á su manera. Y en cuanto á la priésa, ahora; ¿quién te dijo que ánda más el que ánda mas ligero? Diéra yó entónce de barato el gobierno del mundo á las liébres y gámos de los montes mejor que á los insignes caballeros: y en ló de juzgar cada cuál á su manera, tan viejo es este mundo, amigo Sancho, que nada sorprender puede en este tiémpo, por mas que decir quiéran otra cosa.

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

IV.

La bella Alcoreci.

Sobre la alcazaba roja,
Que de Féz pinta el recinto,
En el campo que lo grueso
De una torre ha permitido
Alcoreci mira impaciente
Del Atlas feroz los ríscos.

Es la mora mas hermosa
Que jamás en Féz se ha visto,
De sus hijas la que áma
Aben-Jucéf con delirio.
Almeji bordado lleva,
Y un alfareme prendido

Del cendal mas transparente
Que tejió bazar morisco.

Alcatifa cubre el suelo
De dibujo damasquino,
Todo el fondo alicatado,
El derredor todo escrito
Con tres vocablos tan sólo
Doce veces repetidos.

Alizar la paréd tiene,
Que es el mas lujoso friso,
Azulejos blancos todos
Dorado el adorno hundido;
E impide del sol los rayos
Un recamado toldillo,
Que hace juégo con la alfombra,
Con colgantes de oro fino.

Y Alcorecí de esta manera
Se queja de su suplicio.
«Mala fé, Giafar, la tuya,
Que dos lunas han corrido
Y apesar de tanto tiempo
No te acuerdas de tus dichos.
Mentira son tus palabras,
Y tus amores fingidos,
Que á amor no vistieron alas
Tan solo por el capricho.
Agenas caricias fueron
La cáusa de tanto olvido,
Y otros ojos te deslumbran
Cuando no ves estos míos.
Corazon mas duro gastas
Que el corazon de estos riscos
Porque el mío no ha de darte
La pena de tu delito.»

Tal dice, y llena los áires
El irritante sonido
De lilíes y añafíes
En tal desconcierto unísonos,
Que sólo sufrirle pueden
Los africanos oídos;
Y en seguida van marchando
En filas de cinco en cinco
Los mas salvages guerreros
Que Aben-Jucéf ha escojido.
Alquiceles muchos llevan,
De fondo como pajizo,
Listado á tiras azules,
Sobre cortos, nada límpios,
Y vése por bajo de ellos
El desnudo renegrído,
Membrudo, seco y luciente
De aquellas fieras de circo.

Las háy como el azabache
Que en Etiopía han nacido,
Cuyo rostro se señala
Por tres puntos blanquecinos
De los ojos y la boca
Del marfil mas exquisito;
Les háy tambien mas horribles
De color fuerte, cetrino,
Cabello corto y rizoso
Frente escasa, el ojo hundido,
Hinchados los gruésos lábios,
Nariz ancha, y que bien vistos
De perfil, el medio rostro
Inferior vá tan salido,
Que horrando al ótro medio,
No ha dejado mas que instinto.

Alcorecí sobrecojida,
Abandonando aquel sitio,
Donde la halla el sol naciente
Como el último suspiro
Que lanza por el ocaso
La luz que se hunde al abismo,
Vá á su estancia, y allí escucha
Los últimos alharidos
De los míseros que marchan
Atados al sacrificio,
Cuyo número se aumenta

Al compás del regocijo.

El alfaquí yá ha empuñado
El pedernal, yá se ha dicho
El amebeó que cuénta
De tal suceso el motivo,
Y arrojadas boca abajo
Las víctimas en el sitio,
Que almorrefa dice el árabe
Por ser suelo de ladrillo,
La sangre brota á raudales
De inocentes, que un ministro
Recoje en las altamías
Con alsine, que así han dicho
La yerba que al sol se muere
Y crece sólo en sombrío.

La hermosa Arcorecí más lágrimas
Que sangre allí se ha vertido
Derrama ánte el espectáculo
Del vil africano rito,
Que sólo de sangre vive
Como animales carnívoros;
Mas, al ver que yá se acerca
Aben-Jucef revestido
De almalafa de almocela
Y con ésta tan sombrío
Que apenas el rostro asoma
Por el dolor amarillo,
Inclinando la cabeza
Sobre el pecho, en que yá unidos
Y cruzados ambos brazos
La zalema ha repetido,
Ocultando de sus lágrimas
El dolor mas infinito
Inmóvil queda y callada
Como mármol blanco frígido.

«Sabéis, la dice el monarca,
Que la estrella en que vivimos
Doble estrella és que del polo
Deste mundo ocupa el sitio,
Sobre el cuál ruedá implacable
El universal destino;
Pues, Venus es solamente
La que puede hacerse sitio
Entre ambas á dos estrellas
Fatales del islamismo.

Yó navegué el africano
Desierto, yó he recorrido
Desde Féz hasta la Arábia
Desde el Sáhara al galla invicto
Las móviles, secas ondas
De este mar de arena líbico;
Hé contado los oasis
Úno á úno repartidos
De estas pámpas solitarias
Por el funeral distrito.

Ví al leon de la alta cresta
Del Azuád, yá anohecido,
Alumbrando las estrellas
De sus ojos el recinto,
Paseár la extension bárbara
De sus lóbregos dominios,
Régia sombra entre las sombras
Arrastrando tren magnífico.

Tambien hallé la palmera
Que nace del regocijo
Del manantial, que á sus plantas
En agradable bullicio
Agita las arenillas
Con el licor claro y límpio,
Que engendra la verde alfombra
Las alhucemas y lirios
Adonde lleva la mora
A beber los corderillos.

Tambien ví la carayana
Que viene desde el Egipto,
Arrogante comitiva
De alárabes beduínos,
Y la esclava que asentada
Sobre el vistoso mullido,

Rica zófra damasquina
Del alhamel mas sumiso
Que la jáuria del Oriente
En alfoz jamás ha visto;
Que apesar de la zaraza
Que cubre su rostro altivo
Mas hermosa es encubierta,
Segun triúfan sus hechizos
De aquella aljarfa impotente
Y el mal usado artificio;

Y jamás ví, vive el cielo,
Alcorcí entre mis delirios
Estrellas como tus ojos,
Desierto tan infinito
Cual ha de ser esta vida
Sin el bien de tu cariño;
Ni triúno más arrogante
Que el querer de tu capricho,
Segun sultana avasállas
A todo humano sentido,
Y aun la alifara opulenta
Del oriental paraíso.

Ni mas muelle y dulce palma
De los dorados racimos,
Ni raudal de mas amores,
Ni objeto de mas suspiros,
De mas ricas esperanzas
De mas encanto y delirio.

Escucha Alcorcí, hija mía,
Y advierte lo que te digo;
«O no existe estrella Venus,
O éres tú la que yo he visto.»

V.

Sáncho en marcha.

Sobre un coreél africano,
Más que el azabache negro,
Vestido de hierro todo
Con colgantes de oro y flecos,
Que dejan ver de la zófra
El recamado arabesco,
Camina Don Sancho el Fuerte
Velóz como el mismo viento.

Ya se pierde de su vista
La cima del Pirineó
Confundiéndose en las nubes,
Montañas de nieve y hielo,
Facciones bien elocuentes
De la inmensa faz del cielo:
Yá pisa los valencianos
Pensilés y los oteros
Dó tienen su mansion própia
Las delicias y el contento;
Y entrando en los robledares,
Del monte que está por medio,
Divisa desde la cumbre
Aquel granadino Réino,
Cuya realidad excede
La fuérza del pensamiento;
Y entre flores y entre aljófares,
Que bordan el verde suelo,
Y amor que las áves cantan,
Y amor que murmura el viento,
Aquel pecho abroquelado,
Aquel recurtido pecho
Del frio norte de España,
Corazon todo de invierno,
Tiembla á fé, no de pávura,
De pasión, que no de miedo.

En ésto ya retirándose
La tierra tras el inmenso
Cúmulo de rojas rócás,
Antemural manifiesto
Contra la incesante insidia
Del cruel, irascible pielago,
Aparece la corriente
De aquel pavoroso Estrecho
Que separa á la barbarie

Del hombre digno de serlo.

En una rica almadía
Cubierta de terciopelo,
Que velas lleva de zángala
Así cual álas el viento,
Veinte etiopes hermosos,
A fuerza de ser tan negros,
Reciben al Rey navarro
Con zalemas y amebéos.

Las jabebas y añafiles
Y lililies en ésto
Comienzan sus regocijos
Al seguro són del remo,
Y rizando la corriente
Sus óndas en el recuesto
De la nave, que desliza,
Su espalda en el blanco lecho,
Así como el áve záida
Que náda y que vuela á un tiempo,
Entre la apiñada espuma
Que aljófares vá vertiendo,
Se acercan al africano
País enlutado y yerto.

Levántase repentino
Desde las ólas naciendo
Baluárte esponjado todo,
Como si fuese de hierro,
Que azotado de las agnas
Por el salobre barreno
Parece ya carcomido
Por la lucha y por el tiempo;
Y por encima aparecen,
Entre la róca y el cielo,
Las copas de las encinas,
Róbles, robustos y cédrós
Que brotan entre las grietas
Del peñon árido y seco.

Allí están como neblías
Posados sobre los cerros
De Aben-Jucéf los salvages
Y agigantados guerreros,
Que dan tales alharidos
Al son de sus instrumentos,
Que mejor que tropa en fiesta
Es tropa de los infiernos,
Segun las facciones fruncen,
Segun agitan los pechos
Y segun mueven los ojos
De color sanguinolento.

Desde la cósta del África
Don Sancho camina adentro
De aquel Réino misterioso
En los hombros de hombres negros
Sobre un palanquin de mimbres
De arte raro y toldo extenso,
Y por valles de arrayanes
Alerces, alisos, frésnos,
Alheñas y almecces, todos
Salvages y verdinegros,
Hacinados, solitarios,
Largos, tajados y estrechos,
Tras aquellas nuevas óndas
De otro mar aún mas revuelto,
La planicie vése al cabo
De Fez agrisado y fiero.

A su puerta abocinada
De ladrillo, cuyo cerco
Segun hácia el suelo bája
Va su arco recogiendo,
Y al pié del rojizo muro,
Almenado trecho á trecho,
Por torres cuadradas, áltas,
Sostenido, en gran respeto
Véense catibes, valies,
Wacires y los forénicos,
Gefes únos, y los ótros
Del emperador corréos.
El Alhadí, declarado
Sucesor yá del império,

Y el Wálil-Codá, yá anciano
 Presidente del consejo,
 Repiten las Súras juntos
 Del Corán, aún añadiendo;
 «Trescientas mil son sus létras,
 Setenta y siete mil ciento
 Sus vocablos» con las veces
 Que cada létra éntra en éllas.

El Mufti, sagrado intérprete,
 Los Alfaquíes, subiendo
 Con el Almokri, que lee
 En la mezquita los vérsos,
 Conducen al Rey Don Sancho
 Hasta su rico aposento,
 (Pasando por siete salas
 Una tras otra primero),
 Donde está Alcoreí asentada
 Sobre un mullido en el suelo
 Entre el aroma que exhalan
 Dos dorados pebeteros.
 Nádie el límite traspasa
 De aquel umbral, sólo al léjos
 Las cásidas se perciben
 Que poétas están diciendo
 Por que ha venido Don Sancho
 A ver al Rey de Marruécós.

Al número siguiente.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

LA MANZANA DE LA DISCÓRDIA.

Éris, ó la Discórdia, fué echada del Cielo por Júpiter por que indisponia á todos los dioses únos con ótros. Todo lo llevó en paciencia la desventurada, menos el que no la convidasen á las bodas de Tétis y Peléo.

Tétis era hija del Cielo y de la Tierra y muger del Océano que tuvo en élla un gran número de ninfas. Significa claramente el poder marítimo; én una palabra, Cartago.

Peléo era padre de Aquiles; ó, lo que es igual, el poder guerrero: Roma.

Las bodas eran la union de Roma y Cártago por medio de un tratado amigable y conveniente.

La mesa del convite que se celebró en los desposorios es una cosa admirable. La tabla es el Mediterráneo; los convidados asentados alrededor son las naciones desde España á Tiro y Sidón en las costas orientales; desde la Grécia al África. Era el mundo todo antigüo colocado á las márgenes del mar.

En esto la Discórdia arrojó sobre la mesa una manzana de oro con la célebre inscripcion: «A la mas hermosa».

La manzana del céntró de la mesa es la Isla de Sicilia. Verdadero fruto de oro.

El veneno de la ambicion, de la avaricia y del orgullo convirtió el convite en un infierno. Jupiter (el destino), dió la manzana á Vénus: al vicio, que no á la justicia. Roma venció á Cártago despues de tres cruéles guerras.

Así se explicaban los antigüos; siémpre con alegorías, que la ignorancia ha llamado patrañas, por ser mucho mas fácil calificar que bien saber.

¿En qué consiste ésto? En que los primeros escritores del mundo son los poétas. Y, ¿por qué así? Porque ántes que háya filósofos hijos de la ciencia humana háy filósofos naturales, que observan, piensan, meditan y escriben sobre todas las cosas. Sin éstos filósofos, el mundo, obedeciéndole solamente las

leyes de interés material, careciera de todo alimento para el espíritu. Y así el poeta no sólo nació con mision tan delicada, sinó con la vocacion indestructible de cantar su filosofia del modo mas bello y mas sublime.

Es así necesario. Obserbád. La filosofia es áspera, costosa, difícil, abstracta; para popularizarla y hacerla oír á los vulgares oídos es menester que se embellezca; que se haga agradable. La medida, la armonía, el encanto de los versos nacen de aquí.

¡Divino arte, ciencia divina que tan hermosa mision trage al mundo, no degrades jamás mision tan nóble!

El génio, además, se dedicó á revelar los secretos á los divinos vátes. Las épocas de la historia que han menospreciado las bellas létras se han calificado indeleblemente.

PRIMEROS TIEMPOS DE ESPAÑA.

Vinieron despues del Dilúvio á este país *Thóbel* y su sobrino *Thársis* por el Asia Menor, la Grécia y la Itália.

Los nombres de estos caudillos son hebreos, y constan en la Grécia y en la Biblia.

Los tubalitas, ó céltas, son los pueblos babilónicos del Asia. Céltó, padre de los céltas, era hijo (dice la mythología), de Polifemo. Polifemo era un ciclope; úno de los pueblos constructores de la torre de Babél.

El nombre de Iberia es el que tenia el país de Thársis: habiendo venido á España dió su propio nombre á los españoles, como lo dice Josefo.

Brigo, el Rey (gefe de otra colonia), vino despues. Brigo ó Frigo era monarca de los friges, habitantes del Asia menor, llamados tambien lidios.

Tago es el gefe de otra colonia asiático-etrusca venida por los hermosos países de Itália. Tages, dice Ciceron, que aún siendo niño, enseñó á los Etruscos el arte de saber lo futuro. Por eso le llamaban *váte*, ó adivino. El génio de la poesia.

El Tajo es un rio análogo al Pactolo, que corre por la Lidia. Los *brigas* trageron aquí todas las tradiciones de su país precioso.

Betho es un caudillo hebreo: dió leyes en verso (poesia oriental); mandó en España absolutamente. Este nombre viene de la segunda de las létras del alfabeto hebreo, que significa existencia, mansion ó casa.

De aquí el Bétis, los Bástulos, los Bastitanos y otros nombres.

Con que los asiáticos vinieron aquí trayendo consigo las tradiciones, costumbres, nombres y gentes del Asia menor, de la Grécia y de Itália.

La mythologia es la ciencia de las tradiciones antigüas, que con séres fingidos y bellisimas fábulas explica la primitiva historia de los pueblos y su filosofia.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

VERSOS DISLOCADOS.

Lós del número anterior.

Tódo lo puede despreciar cualquiera,
 Mas nádie ha de poder tenerlo tódo;
 Sólo para ser rico és fácil modo
 Despreciar la riqueza lisongera.

Solucion de la charada del número anterior.

Barra—ba—sa—da.

CHARADA.

1.^a y 2.^a

Es un nombre propio de persona elevada á muy alto puesto y bien poco conocedora de la prudencia del mando. Tristísimo fin tuvo.

4.^a y 5.^a

Un plato de dulce: una tontería para juguete: en lenguaje usual, aunque no castizo, es un cierto señor de grandísima influencia.

EL TODO.

Es cierto misterioso poder, al cuál está encomendada la resolución de los más grandes problemas; y que por ser tan grande se ha llevado tras sí las cabezas de muchas gentes.

Respuestas á preguntas de este periódico.

¿Cuál es la fuente del sublime?

— El misterio de lo maravilloso. La antítesis de la geometría.

¿Cuál es la filosofía de la teoría del crédito?

— El mundo no puede conformarse con la idea que su poder há de ser igual á la cantidad de numerario que háya en circulacion. La inteligencia del hombre es mucho mayor que todo el dinero que pueda existir.

La teoría del crédito es la inteligencia imperando sobre el numerario. Ha comenzado Don Alfonso X aumentando el valor de la moneda. Era éste el preliminar del gran discurso que habia de venir mas tarde.

El papel ya sustituye al numerario mitad por mitad: dentro de algun tiempo el dinero se declarará del todo impotente: el hombre destronará á tan gran tirano.

Las empresas del genio y de la inteligencia han tomado proporciones colosales. Las tomarán todavía mucho mayores. Ya se nos han dado los medios principales para la civilizacion del mundo: esta obra llevará pasos de gigante; pasos que la moneda no puede seguir.

¿Por qué el teatro no es más que espejo de nuestras costumbres?

— Porque no ha nacido aún el genio de nuestro teatro. En este mundo el hombre que no puede ir delante vá detrás. El teatro, salvas honrosísimas excepciones, vá detrás del público, adulándole, dándole gusto....., explotando sus caprichos y sus antojos. El genio verdadero, en nombre de la verdad, con el poder de lo bello y de lo sublime se impone. Si el interés se hubiese apoderado del teatro, entonces sería mercado de comedias, comercio al por mayor, almacén, bolsa de dramas; y la literatura dramática un papel cotizabile como otro cualquiera, con todos los artificios de los demás papeles de crédito en circulacion.

Dádme un Newton y yo os daré el sistema de la armonía del universo. Y cada astro ocupará su lugar.

¿Qué es la literatura? ¿quién el poeta?

— La literatura es la ciencia y el arte universal; es decir, la filosofía completa á las órdenes del genio. El poeta es el filósofo natural. Quitad el genio de Platon á la ciencia; dejádla en su esqueleto y tendréis á Aristóteles, ó á la matemática: añadidla el genio y obtendréis la literatura.

El poeta es el autor natural de toda filosofía. Cánta antes de saber. Le llaman mentira los seres mecánicos. En tanto él adivina las leyes naturales y la armonía del Universo. Por eso le llamaron VATE. Es el índice que señala todo lo bello y lo sublime; ese índice evita que la muchedumbre pise la orla del manto de la emperatriz Naturaleza: ese índice hace sucumbir á la materia; la obliga á postarse á los pies del alma racional con tributo de llanto. Es el poeta el páge de la creacion. Los primeros siglos del mundo están escritos en verso y en alegorías poéticas en todos los pueblos del mundo. ¡Y les llaman fábulas! ¡La raposa y las úvas!

¿Es posible la epopeya en el siglo XIX?

— La epopeya necesita un hecho grande, un grande objeto de grandísimo interés. Hoy les hay como nunca.

Necesita un héroe. Será mas difícil hallarle que en la antigüedad, porque ha adelantado la óptica mucho, hay mucha luz, y los hechos y las cosas han tomado inmensas proporciones. Sin embargo, no es un imposible, apesar del decaimiento de las costumbres. La sociedad

antigua era actora de un salón; hoy somos actores del Universo. Los que defienden la fabulosa antigüedad del mundo están ciegos. Basta ver sus poemas para reconocerla muy limitada y principiante.

Una primavera es una linda flor. Es compañera de la violeta. Mi hijo, del cuál me separan muchas léguas, me remite esa primavera á los 17 años.

Á UNA FLOR.

Tipo de elegancia
fragancia y belleza,
eres, ó ninguna,
reina del jardín,
colores purpúreos,
vivos y lucientes,
balsámico aroma
exhalas ¡ay! sí.
Tú, de la violeta
tienes la frescura,
tú, el grato perfume
tienes del jazmin;
pero mas intenso,
mas puro, de modo
que embriagas al hombre
que se acerca á tí.

¡Quién al contemplarte
tan viva y lozana,
piensa que mañana
dejas de existir!
¡Un día tan sólo
de vida conoces!
¡Un día tan sólo!
mas vale por mil.
Tus marchitas hojas
y rizado pétalo
después que tu mueras
serán para mí
un triste recuerdo
que dejas al poeta,
que en llanto bañado
suspira por tí.

M. MARTINEZ AÑIBARRO.

D. N. Perez Reoyo, acaba de publicar en Lugo un hermoso libro, que es un elogio del primer Almirante de Castilla D. Ramon de Bonifáz, que fué á la conquista de Sevilla con D. Fernando el 3.^o. Bonifáz fué hijo de Burgos. Dámos el mas cordial parabien al Sr. Reoyo y recomendamos al público tan bella obra.

Dámos las gracias á «EL CASCABEL» por los favores que nos dispensa: nos honramos mucho con su amistad. Las damos cordialísimas á «EL FAROL» periódico de buenisimas luces de Albacete, y de especial donaire. Tambien al «ELEMENTO JÓVEN», muy culto é ingenioso periódico de Madrid; al graciosísimo «SOPISTA» de Valladolid y al «BAJO ARAGON» y cuantos otros han tenido la bondad de ocuparse de nuestros modestos trabajos literarios. Por nuestra parte nada quedará por hacer, segun estamos agradecidos á los favores de muy ilustrado público y numeroso.

Preguntas al que quiera responder.

¿Cuál es el espíritu del siglo?

¿Qué es la mitología de los diversos pueblos?

¿Qué se entiende por esta palabra, *economía*?

¿Cómo entenderemos bien esta palabra, *centralización*?

¿Qué diferencia existe entre la ciencia y el arte?

¿Qué es civilización?

¿Qué son las pasiones?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deseen números de este periódico dirigrán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.^o—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timoteo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.^o

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.^o 17.